RASCHELLA



17 de octubre de 1945

Yo no estuve en la plaza el 17 de octubre de 1945. Vivía por entonces sobre la calle Independencia, camino obligado del tránsito desde el sur hacia el centro. A dos cuadras estaba Boedo, el Boedo pleno de aquellos años, su teatro, sus cines, sus pizzerías, como la del célebre don Tranquilo, tan parecido él al cómico más en boga del tiempo, y donde se celebraban los campeonatos ganados por San Lorenzo, que no era justamente mi club preferido. La casa tenía un corto pasillo desde el primer patio cerrado hasta la puerta que daba afuera. Ya la pasión juvenil –el cine– me hacía ver las cosas en primeros planos, travellings y panorámicas, y al avanzar o volver por el pasillo, el patio o la calle aparecían y desaparecían, y aun imaginaba algún audaz *plongée* desde las alturas, y entonces la plazoleta que todavía separaba las dos manos vibraba en su piedra o en su ralo césped al sol de primavera. Eramos una pequeña familia: madre, padre, hermana y yo, alejados de los primos por cuestiones de fascismo y acaso de mujeres maledicentes. De las paredes habían sido levantados los mapas de guerra. Alguna carta reveladora de vida o de muerte esperábamos de ultramar. Las primeras lecturas graves llegaban a mis manos: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels, y *Maximiliano Robespierre y la psicopatología del héroe*, de Jorge Thenon, el gran psiquiatra argentino. A veces, muy tarde, con el amigo del centro de estudiantes, hacíamos a pie el camino desde la Casa del Pueblo hasta el barrio. En los diarios que leíamos se hablaba de hordas que asaltaban los comercios en los alrededores de la ciudad: por un lado, se decía que eran un caos, por otro que estaban "perfectamente organizadas". Una expresión compuesta quería definirlas abarcando todos los términos posibles del pasado terror vencido en los campos de batalla del mundo y agregando su aparente versión nacional. Nosotros temíamos, y cerrábamos las puertas, como nunca lo habíamos hecho cuando los pedigüeños infinitos de la década infame las golpeaban y nos tendían en silencio la mano hacia adelante. No sabíamos bien qué hacer, ante lo extraño, ante lo nuevo. Y aquella mañana del 17 escuché gritos: corrí por el pasillo, y mi "cámara" sólo vio un puño que levantaba una bandera argentina agrisada y flameante, y una boca que decía un nombre de dos sílabas.

Y pasados los años, sucedido todo lo que sucedió, otro día, el 16 de setiembre de 1955, dos meses después del crimen de junio, tampoco estuve en la plaza. No había nada que celebrar. Y cuando me eché sobre las páginas en blanco de estos *Diálogos*, una oscura y sacrílega necesidad de metáfora a su vez oscura me hizo violentar la cronología autobiográfica: mi madre, que había muerto en realidad en los años setenta, debía morir idealmente en el '45: un sacrificio, la muerte callada e íntima, la muerte sin espectáculo, para la madre heroína, para una de las tantas madres que sufrían al hombre y a los hijos, con una inútil esperanza en el espíritu, la madre que unía sutilmente a las familias. Un sacrificio, porque otro tiempo había llegado, para bien o para mal, con otras creencias, *con otros mitos, tan diversos como los nuestros. Un sacrificio que expresara eldolor por* el trágico desencuentro de quienes éramos hermanos de condición y sin embargo, no supimos reconocernos, por voluntad propia o inducida, por un acto individual o un acto colectivo, o por todo ello, pero todos, al fin, responsables, como siempre sucede en la historia de los pueblos.

Presentación de R. R.

Crucé el patio rojo. Iamunindi, decía la madre. Ven conmigo, ven a Nápoles, o mejor a Milán. Sí, a Milán, donde nadie *nos conocerá.* No permitas que el amor de tierra o el amor de mujer te descabalgue la vida. Una vez fue día, ahora es noche, y no porque cerraste los ojos. Y si los cerraras antes, y mujer y tierra todavía estuvieran vivas en ti, pagarás como hombre, y les dirás a tus hijos y a tus amigos que cometiste error y ya no pensarás otra tierra y otra mujer. Hay que partir, hay que volver a la oscura conciencia, antes de la primera tierra y la primera mujer, y no encontrar ningún pensamiento difícil o sencillo, ninguna ilusión que te despierte cuando quieras morir. Y después, curcarse, curcarse.

Y como a la madre ya le venían menos las fuerzas, el jabón remanía en las pocas ropas que lavaba y las calzas rotas se quedaban separadas en la paz de los pequeños centros de mesa, envueltas como pequeños capullos muertos. De las moradas y sonoras lentiquias que replenaban el armario, todavía la madre sacaba algunos puñados y los daba a la caceruola de las asas negras, pero ya el tiempo de cocerse justo se le pasaba y comíamos una harina caliente y pesada, que no era el plato de legumes de antes, cuando los granos conservaban la entereza de los cuerpos frescos y la carne se discernía perfecta, como una palabra de noche.

Y a cada espinta de trabajo, la madre descansaba el cuerpo en los distintos lados. Entonces, a mis ojos, era toda la grandeza del universo, la viva teoría del dolor y la belleza, la ficción buscada que nos asociaba con *otros seres y otras regiones de diversa existencia.* De ella había escuchado la lengua que me arrastraba a inconsciente alegría, a inconsciente salud. De ella me brotaba la pobre o rica retórica. De ella era la escasez mostrada como un muñón por esas calles.

Y a mis ojos también se hacían vivos los parientes besándose las manos y llamándome por mi nombre, y ninguno parecía faltar de los vivientes, que habían viajado frenéticos de todos los rincones del mundo y se decían las noticias de altretantas muertes sucedidas. Eran cuginos dispersos, hijos y nepotes de los cuginos, con nombres de fedeltad como Rocco, Pascual, Vicente, Salvador, Lina, Santa, Ida, Carmela; y otros Nicodemo, Filipo, Antonio, Rino, Teresa y María Teresa. Y los nombres eran casi cuerpos a los costados del camino, saludados para las fiestas o mestos, decorosamente apartados, con las manos cruzadas atrás de las espaldas, escrutando desde lejos. ¿Quién era aquel joven de buena pulpa, que tenía siempre el vino en gola? Adamo, que no pasó los treinta años. Después estaba Aldo, una lágrima en el seno materno, muerto el primer día del siglo. Y el padre me hablaba con desprecio de Nicolás, santo, hipócrita. Lunático, caminante, Corrado, que acariciaba a las bestias y entumecido de frío comía los restos de la cazuela común. Mujer había también, y era Catalina, la estopa que les brusaba el ánimo a todos los hermanos, porque una mañana hizo el camino a la Marina y no volvió.



Alguna vez te he visto, me decía, alguna vez te veré, y sabré si tienes el pecho grandioso, la cabeza de simio o las náticas escabrosas. Sabré si piensas como el padre, o ya te has levantado en armas contra la esperanza del socialismo, sabré si estás dividido en partes enemistadas entre sí o eres de una sola pieza. Y Rocco había tenido la malaria. Y el abuelo de madre simulaba ir a misa y entraba a la cantina. Algún infeliz arrastraba por las acequias la rabia de ser viejo. Nada era cierto, nada era imposible. Rino estaba muerto del corazón en cárcel. Nico era retirado del hospital con el guinzallo en el cuello y las targuetas grabadas en el brazo. Ana se había ocultado para siempre conducida por Mimí y con el hijo, nacido hacia marzo del cuarenta y seis. Filipo dejaba el oficio de sastre por la más provechosa ocupación de tornero y se daba casa y mujer propias como quería la madre. Yo era mi propio padre, el nombre cambiado en el nombre de su hermano Vice, y el tío Vice tomaba el nombre de mi padre Antonio, de modo que los rasgos violentos y los rasgos cándidos de ambos hermanos eran mi propiedad, y ya no era sólo el padre y el tío, era la multitud de personas que me antepasaban y me sobrepasaban, y eran un murmurío, y algunos tenían la altura de los rocamboles y otros el humor de los casenos –había hombres que se ajustaban los cintos avante las mujeres y mujeres que endosaban hábitos más oscuros que la tierra, y los cotraros tenían la expresión de los hombres ya guastos y los abuelos inframezclaban las cartillas de república y monarquía.

Cierto día, me decía, cierto día ya no buscaré a nadie en el patio, no llamaré al padre y a la madre, no escaparé hacia la puerta lesto a la visita, y Nico no golpeará más como sólo él golpea, con los dedos que provocan sonidos de crótalos. El largo tiempo se romperá en pedazos, y será el caos que viene antes del bello paradiso prometido. El padre y Rino no me habrán mentido. Será milagroso lo que se hace vida: la cárcel, la soledad, el trabajo. Será milagroso el avenir. Cierto día, un poco de existencia me

Por Roberto Raschella

DIALOGOS

DIALOGOS en los patios ROJOS

Por Roberto Raschella

Crucé el patio rojo. Iamunindi, decía la madre. Ven conmigo, ven a Nápoles, o mejor a Milán. Sí, a Milán, donde nadie nos conocerá. No permitas que el amor de tierra o el amor de mujer te descabalgue la vida. Una vez fue día, ahora es noche, y no porque cerraste los ojos. Y si los cerraras antes, y mujer y tierra todavía estuvieran vivas en ti, pagarás como hombre, y les dirás a tus hijos y a tus amigos que cometiste error y ya no pensarás otra tierra y otra mujer. Hay que partir, hay que volver a la oscura conciencia, antes de la primera tierra y la primera mujer, y no encontrar ningún pensamiento difícil o sencillo, *ninguna ilusión que te despierte cuando* quieras morir. Y después, curcarse, curcarse.

Y como a la madre ya le venían menos las fuerzas, el jabón remanía en las pocas ropas que lavaba y las calzas rotas se quedaban separadas en la paz de los pequeños centros de mesa, envueltas como pequeños capullos muertos. De las moradas y sonoras lentiquias que replenaban el armario, todavía la madre sacaba algunos puñados y los daba a la caceruola de las asas negras, pero ya el tiempo de cocêrse justo se le pasaba y comíamos una harina caliente y pesada, que no era el plato de legumes de antes, cuando los granos conservaban la entereza de los cuerpos frescos y la carne se discernía perfecta, como una palabra de noche.

Y a cada espinta de trabajo, la madre descansaba el cuerpo en los distintos lados. Entonces, a mis ojos, era toda la grandeza del universo, la viva teoría del dolor y la belleza, la ficción buscada que nos asociaba con otros seres y otras regiones de diversa existencia. De ella había escuchado la lengua que me arrastraba a inconsciente alegría, a inconsciente salud. De ella me brotaba la pobre o rica retórica. De ella era la escasez mostrada como un muñón por esas calles.

Y a mis ojos también se hacían vivos los parientes besándose las manos y llamándome por mi nombre, y ninguno parecía faltar de los vivientes, que habían viajado frenéticos de todos los rincones del mundo y se decían las noticias de altretantas muertes *sucedidas. Eran cuginos dispersos, hi*jos y nepotes de los cuginos, con nombres de fedeltad como Rocco, Pascual, Vicente, Salvador, Lina, Santa, Ida, Carmela; y otros Nicodemo, Filipo, Antonio, Rino, Teresa y María Teresa. Y los nombres eran casi cuerpos a los costados del camino, saludados para las fiestas o mestos, decorosamente apartados, con las manos cruzadas atrás de las espaldas, escrutando desde lejos. ¿Quién era aquel joven de buena pulpa, que tenía siempre el vino en gola? Adamo, que no pasó los treinta años. Después estaba Aldo, una lágrima en el seno materno, muerto el primer día del siglo. Y el padre me hablaba con desprecio de Nicolás, santo, hipócrita. Lunático, caminante, Corrado, que acariciaba a las bestias y entumecido de frío comía los restos de la cazuela común. Mujer había también, y era Catalina, la estopa que les brusaba el ánimo a todos los hermanos, porque una mañana hizo el camino a la Marina y no volvió.



Alguna vez te he visto, me decía, alguna vez te veré, y sabré si tienes el pecho grandioso, la cabeza de simio o las náticas escabrosas. Sabré si piensas como el padre, o ya te has levantado en armas contra la esperanza del socialismo, sabré si estás dividido en partes enemistadas entre sí o eres de una sola pieza. Y Rocco había tenido la malaria. Y el abuelo de madre simulaba ir a misa y entraba a la cantina. Algún infeliz arrastraba por las acequias la rabia de ser viejo. Nada era cierto, nada era imposible. Rino estaba muerto del corazón en cárcel. Nico era retirado del hospital con el guinzallo en el cuello y las targuetas grabadas en el brazo. Ana se había ocultado para siempre conducida por Mimí y con el hijo, nacido hacia marzo del cuarenta y seis. Filipo dejaba el oficio de sastre por la más provechosa ocupación de tornero y se da*ba casa y mujer propias como quería la ma*dre. Yo era mi propio padre, el nombre cambiado en el nombre de su hermano Vice, y el tío Vice tomaba el nombre de mi padre Antonio, de modo que los rasgos violentos y los rasgos cándidos de ambos hermanos eran mi propiedad, y ya no era sólo el padre y el tío, era la multitud de personas que me antepasaban y me sobrepasaban, y eran un murmurío, y algunos tenían la altura de los rocamboles y otros el humor de los cacasenos –había hombres que se ajustaban los cintos avante las mujeres y mujeres que endosaban hábitos más oscuros que la tierra, y los cotraros tenían la expresión de los hombres ya guastos y los abuelos inframezclaban las cartillas de república y monarquía.

Cierto día, me decía, cierto día ya no buscaré a nadie en el patio, no llamaré al padre y a la madre, no escaparé hacia la puerta lesto a la visita, y Nico no golpeará más como sólo él golpea, con los dedos que provocan sonidos de crótalos. El largo tiempo se romperá en pedazos, y será el caos que viene antes del bello paradiso prometido. *El padre y Rino no me habrán mentido.* Será milagroso lo que se hace vida: la cárcel, la soledad, el trabajo. Será milagroso el avenir. Cierto día, un poco de existencia me llegará plena, otra luz, otro rumor, otro darme a pensar. Seguiré, un pie adelante, un pie atrás. Dejaré el patio. Me echaré a caminar. *Encontraré, no encontraré otro mundo.*

Y la madre me dijo:

–Ahora pienso que Ana me ha abandonado. Forse escapa de Filipo, porque el hijo de Mimí le está excavando el seno. Forse le doy temor yo, porque ya una vez asistió a los muertos.............. Ahora pienso que siempre es cuestión de amar, a la persona, a la tierra. Pienso cuántas cosas me quedarán para otra vida. Pienso si es posible trasmeter al hijo el sentido de la dignidad, el tremar o el coraje de la inteligencia. Pienso que Filipo tiene el olor de las frágolas y las cerezas, y de la boca el olor se le ha comunicado al cuerpo, porque ya hace un tiempo que bebe los licores... Pienso, y pienso................. Sólo deseo que pase rápido. Estoy cansada de los siropos, estoy cansada de las punturas, estoy cansada de llevar una pierna sobre otra pierna... Hasta aquí llegué, hijo mío... No me esperes nunca más, nunca más en tiempo alguno, ni por años, ni por siglos...
....
....
..

Y la madre me preguntaba si había alegría en las calles. Y yo le contestaba que apenas era otra primavera. Pero ese año la estación había hecho el voto sanguinario. Y de los miles que pasaban, algunos llegaban en camiones por la calle Independencia, y se decía que venían del matadero sudicio, del riachuelo que era sumidero de carnes informes y maderas centenarias, de las barracas de algodones y de lanas. De estos hombres nuevos nada cono*cía yo, y si me atreviera a seguirles los pa*sos ahora, a interpretarles el corazón y las manos, mi voz se haría seguramente demasiado general y discordada, como sucede siempre que una póstuma comprensión quiere prender el lugar de la vida vivida y pensada a un mismo tiempo, y entonces la voluntad obsesa destruye toda belleza de herencia y de creación. Habíamos sido extraños, habíamos madurado tan lentamente que nos eran extraños y ajenos éramos a la sazón del país desconocido. Y entre extraños suele establecerse un triste sentido de venganza recíproca, y es la lengua, son las costumbres, los gustos por el canto y por los bailes que niegan al otro y lo judican ridículo, de tragedia o de comedia, de grueso senso o cerrado relígere. ¿Es justo, es injusto? La moral, el sentimiento de la unidad parecen inútiles. De vencido a vencido, la memoria se pierde. Si has errado, eres el único responsable. Si se hizo oscuro y buscaste refugio lejos de casa, tu vecino ve fuego sobre los techos y apenas se tapa las *narices.*

Y, sin embargo, somos fratellastros, acaso más de madre que de padre –los padres pertenecen al devenir, las madres al fundamento–, porque escasa distancia hay de tierra a tierra padecidas, de vida viajera a vida viajera inspiradas por el lumicino de una vida mejor. La historia, la historia siempre ha obligado a elegir uno u otro camino. Siempre ha sido necesario decidirse rápido, levantar algún brazo, inclinar la cabeza o moverla para decir que sí o que no, no demorar un solo momento el acto. El resto es utopía, y dicen que de utopía no se come ni se fornica, no se construye casa, no se es más amado.

Ya era hora. Nico. Finalmente Nico. Parecía un dios. Tenía los dos brazos en su puesto, pero el izquierdo se recogía sobre sí mismo, como si le hiciera una higa al mundo. Los cabellos eran muchos sobre un costado. Pocos sobre la crisma. Acaso no escuchaba bien, porque sus ojos tardaban en fijarnos cuando le hablábamos –acaso no veía bien, porque la respuesta también tardaba, y no siempre se indirizaba a quien debía tocarle. Apenas sentado, la gorra que llevaba su mano derecha ya estaba sobre la silla. Decía a malapena, con la ronquera de los hombres dados al alcohol– pero no aceptó bebida. Alguna cicatriz permanecía cercana a la prominencia de la gola. La cami*sa la llevaba limpia, y limpio parecía su cuer*po, más joven que la imagen formada en mí durante diez años. Algo esperaba, así sentado, o era el hábito tomado de los hospitales. No quiso comer tampoco, y después se despidió, sin ver a la madre, y nunca más fue visto por nadie conocido.

Cantaba. Hacía días que no se levantaba. Y era una lengua más clusa que mi lengua, o no era lengua, antiguas nanas que le habría dicho la madre suya o frases del tiempo de los olivos prontos, y ahora que todo había sido levantado, hacían el camino de una tiniebla a otra tiniebla. Los brazos se le apoyaban cada tanto cruzados en el pecho, y entonces semejaba la muerte que me miraba bondadosa.

¿Tenía todavía el deseo de amanecer? ¿Nos pensaba uno a uno, o éramos los viajeros apenas llegados? El siglo de los patios rojos había sido saqueado y abajo, más abajo que las hormigas negras trabajando rigurosas, más abajo que las cloacas, allí donde ningún hombre había puesto mano afacendada, *estaba la tierra infiltrada de aguas del* mar, la tierra sin memoria de música, la tierra sin resurrección, la tierra profunda y pura. La madre no llegaría a ella, no llegaremos nosotros, los vivos, los muertos.

Puedes golpear las mesas, la madre ha muerto, me dijo Filipo.

Noviembre. Enterramos a la madre. Filipo se apoyaba en mi brazo. El padre se dio vuelta contra el foso. Escuché en el cielo. Levanté la cabeza. Acaso eran alondras. ■

Fragmento de Diálogos en los patios rojos, Paradiso (1994).



llegará plena, otra luz, otro rumor, otro darme a pensar. Seguiré, un pie adelante, un pie atrás. Dejaré el patio. Me echaré a caminar. Encontraré, no encontraré otro mundo.

Y la madre me dijo:

–Ahora pienso que Ana me ha abandonado. Forse escapa de Filipo, porque el hijo de Mimí le está excavando el seno. Forse le doy temor yo, porque ya una vez asistió a los muertos.............. Ahora pienso que siempre es cuestión de amar, a la persona, a la tierra. Pienso cuántas cosas me quedarán para otra vida. Pienso si es posible trasmeter al hijo el sentido de la dignidad, el tremar o el coraje de la inteligencia. Pienso que Filipo tiene el olor de las frágolas y las cerezas, y de la boca el olor se le ha comunicado al cuerpo, porque ya hace un tiempo que bebe los licores... Pienso, y pienso................. Sólo deseo que pase rápido. Estoy cansada de los siropos, estoy cansada de las punturas, estoy cansada de llevar una pierna sobre otra pierna... Hasta aquí llegué, hijo mío... No me esperes nunca más, nunca más en tiempo alguno, ni por años, ni por siglos..
....
..

Y la madre me preguntaba si había alegría en las calles. Y yo le contestaba que apenas era otra primavera. Pero ese año la estación había hecho el voto sanguinario. Y de los miles que pasaban, algunos llegaban en camiones por la calle Independencia, y se decía que venían del matadero sudicio, del riachuelo que era sumidero de carnes informes y maderas centenarias, de las barracas de algodones y de lanas. De estos hombres nuevos nada conocía yo, y si me atreviera a seguirles los pasos ahora, a interpretarles el corazón y las manos, mi voz se haría seguramente demasiado general y discordada, como sucede siempre que una póstuma comprensión quiere prender el lugar de la vida vivida y pensada a un mismo tiempo, y entonces la voluntad obsesa destruye toda belleza de herencia y de creación. Habíamos sido extraños, habíamos madurado tan lentamente que nos eran extraños y ajenos éramos a la sazón del país desconocido. Y entre extraños suele establecerse un triste sentido de venganza recíproca, y es la lengua, son las costumbres, los gustos por el canto y por los bailes que niegan al otro y lo judican ridículo, de tragedia o de comedia, de grueso senso o cerrado relígere. ¿Es justo, es injusto? La moral, el sentimiento de la unidad parecen inútiles. De vencido a vencido, la memoria se pierde. Si has errado, eres el único responsable. Si se hizo oscuro y buscaste refugio lejos de casa, tu vecino ve fuego sobre los techos y apenas se tapa las narices.

Y, sin embargo, somos fratellastros, acaso más de madre que de padre –los padres pertenecen al devenir, las madres al fundamento–, porque escasa distancia hay de tierra a tierra padecidas, de vida viajera a vida viajera inspiradas por el lumicino de una vida mejor. La historia, la historia siempre ha obligado a elegir uno u otro camino. Siempre ha sido necesario decidirse rápido, levantar algún brazo, inclinar la cabeza o moverla para decir que sí o que no, no demorar un solo momento el acto. El resto es utopía, y dicen que de utopía no se come ni se fornica, no se construye casa, no se es más amado.

Ya era hora. Nico. Finalmente Nico. Parecía un dios. Tenía los dos brazos en su puesto, pero el izquierdo se recogía sobre sí mismo, como si le hiciera una higa al mundo. Los cabellos eran muchos sobre un costado. Pocos sobre la crisma. Acaso no escuchaba bien, porque sus ojos tardaban en fijarnos cuando le hablábamos –acaso no veía bien, porque la respuesta también tardaba, y no siempre se indirizaba a quien debía tocarle. Apenas sentado, la gorra que llevaba su mano derecha ya estaba sobre la silla. Decía a malapena, con la ronquera de los hombres dados al alcohol– pero no aceptó bebida. Alguna cicatriz permanecía cercana a la prominencia de la gola. La camisa la llevaba limpia, y limpio parecía su cuerpo, más joven que la imagen formada en mí durante diez años. Algo esperaba, así sentado, o era el hábito tomado de los hospitales. No quiso comer tampoco, y después se despidió, sin ver a la madre, y nunca más fue visto por nadie conocido.

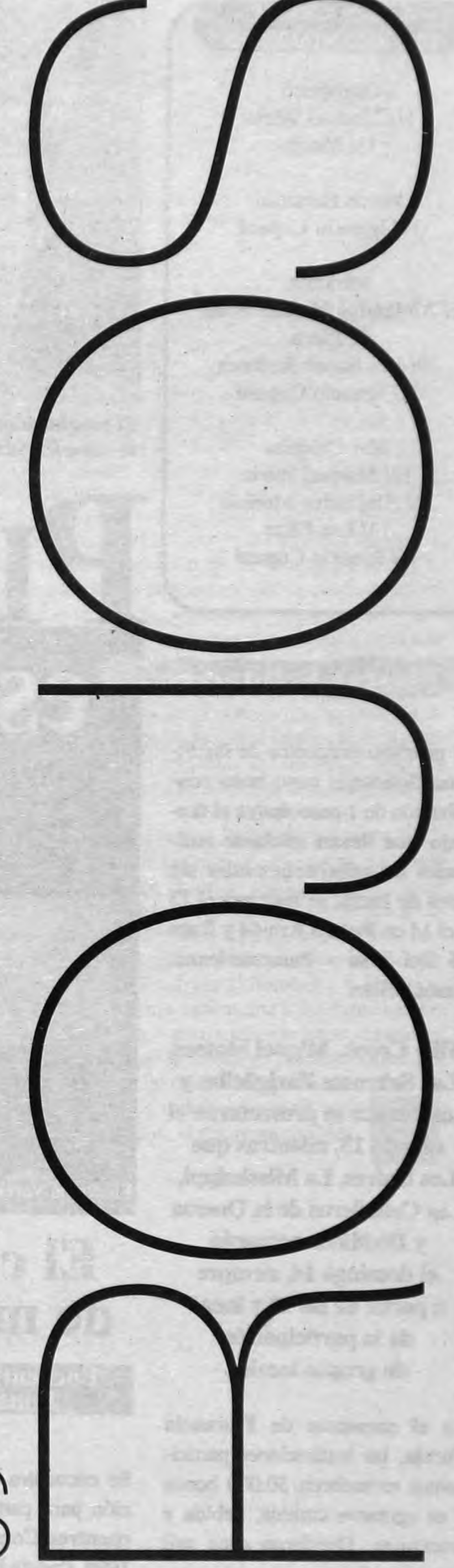
Cantaba. Hacía días que no se levantaba. Y era una lengua más clusa que mi lengua, o no era lengua, antiguas nanas que le habría dicho la madre suya o frases del tiempo de los olivos prontos, y ahora que todo había sido levantado, hacían el camino de una tiniebla a otra tiniebla. Los brazos se le apoyaban cada tanto cruzados en el pecho, y entonces semejaba la muerte que me miraba bondadosa.

¿Tenía todavía el deseo de amanecer? ¿Nos pensaba uno a uno, o éramos los viajeros apenas llegados? El siglo de los patios rojos había sido saqueado y abajo, más abajo que las hormigas negras trabajando rigurosas, más abajo que las cloacas, allí donde ningún hombre había puesto mano afacendada, estaba la tierra infiltrada de aguas del mar, la tierra sin memoria de música, la tierra sin resurrección, la tierra profunda y pura. La madre no llegaría a ella, no llegaremos nosotros, los vivos, los muertos.

Puedes golpear las mesas, la madre ha muerto, me dijo Filipo.

Noviembre. Enterramos a la madre. Filipo se apoyaba en mi brazo. El padre se dio vuelta contra el foso. Escuché en el cielo. Levanté la cabeza. Acaso eran alondras. ■

en los patios





CULTURA, AFECTO Y SOLIDARIDAD

CULTURA BONAERENSE

CULTURA a Toda Costa

Espectáculos Itinerantes

Continúa la marcha de los escenarios itinerantes, recorriendo de norte a sur las playas bonaerenses y permaneciendo una semana en cada municipio con espectáculos musicales, títeres, cine y teatro.

CRONOGRAMA DE PRESENTACIONES

Claromecó
11/ Manuel Wirtz
13/ Moris

Monte Hermoso
17/ Ignacio Copani

Miramar
6/ Alejandro Medina Band
7/ Piero
10/ Los Super Ratones
11/ Ignacio Copani

Mar Chiquita
12/ Manuel Wirtz
13/ Alejandro Medina
14/ Los Clips
16/ Ignacio Copani

El programa que abarca de Carmen de Patagones a San Clemente del Tuyú se completa con los espectáculos itinerantes y las animaciones a lo largo de la costa.

Delegaciones de los distritos que se detallan a continuación, actuarán a partir de las 18 en el escenario de Las Toscas de Mar del Plata, sumando sus espectáculos a Cultura a Toda Costa:

Recitales en Las Toscas
A PARTIR DE LAS 18 HS.

8 de febrero
Piero - Miguel Cantilo y Raúl Porcheto

8, 9 y 10 de Febrero
Gral. Pueyrredón, Balcarce, Castelli, Dolores, Gral. Alvarado, Gral. Guido, Gral. Lavalle, Gral Madariaga, Maipú, Mar Chiquita, Partido de La Costa, Pinamar, Tordillo y Villa Gesell.

11, 12 y 13:
Pehuajó, Carlos Casares, Carlos Tejedor, Daireaux, Henderson y Nueve de Julio.

15, 16 y 17:
Saladillo, Gral. Alvear, Las Flores, Lobos, Navarro, Roque Pérez y 25 de Mayo.

PILAR está de Fiesta

Fiestas Solidarias

El próximo encuentro de las Fiestas Solidarias cuyo bono contribución de 1 peso **apoya al trabajo que llevan adelante entidades no gubernamentales sin fines de lucro**, se realizará el 13 y el 14 en **Ruta 8 Km 44 y Ruta 26 Del Viso - Panamericana, Ramal Pilar.**

Willy Crook, Miguel Mateos, Las Sabrosas Zarigüellas y Los Pericos se presentarán el sábado 13, mientras que Los Cafres, La Mississippi, Los Caballeros de la Quema y Divididos actuarán el domingo 14, siempre a partir de las 18 y luego de la participación de grupos locales.

En el encuentro de **Florencio Varela**, las instituciones participantes recaudaron 50.000 bonos y se agotaron comida, bebida y artesanías. Quedaron diez mil personas afuera.

Fue una fiesta total.

Florencio Varela la *Solidaria* anterior.

PEPE SORIANO
EN EL TEATRO MARTÍN FIERRO DEL BOSQUE DE LA PLATA

El actor se presentará con la obra "El loro calabrés" en el teatro Martín Fierro del bosque platense, el día viernes 12 de febrero a las 21 hs.

El cantar de muchos

Encuentros Corales Bonaerenses

Se encuentra abierta la inscripción para participar de los **Encuentros Corales Competitivos 1999. Podrán intervenir todos los** coros de la provincia de Buenos Aires con integrantes mayores de 15 años. **Las sedes previstas para** este año son **Coronel Pringles, Morón, Ramallo, Colón, Coronel Brandsen y La Plata.** Para solicitar informes y reglamento general, dirigirse a:

Encuentros Corales Bonaerenses, calle 7 Nº 538, La Plata (1900). Telefax (0221) 421-8335 o 421-9093.

Por tí Colombia



Piero cantó en Las Toscas; allí se colocaron urnas donde la gente colaboró espontáneamente con los damnificados por el terremoto de Colombia.

Complejo Cultural Teatro Auditorium y R.J.Payró
Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires

Sala Astor Piazzolla
12, 13 y 14: ***"Eva y Victoria"*** de Mónica Ottino con Soledad Silveyra y China Zorrilla.
De jueves a domingo
20:00: ***"La Flaca Escopeta"*** Espectáculo infantil con Linda Peretz y elenco.
Los martes
23:30: ***"Viva tango"***, con la orquesta de Leonard Bacardi
Miércoles y jueves.
0:30: Cine Arte Auditorium
13 y 14
0:30: ***"La mancha de Robin Hood"***, presentada por el Teatro Taller La Mancha de la Universidad Popular de Belgrano.

Sala Gregorio Nachman
De jueves a domingo
23:00: ***"Perlas quemadas"***, de Fernando Noy.
Lunes y martes
21:00: ***"Atahualpa, destino del canto"***. Suma Paz junto al Indio Urquiza y Carlos Parisotti.
De jueves a domingo
21:00: ***"Stefano"***, de Armando Discépolo con Francisco Cocuzza
Viernes
0:30: ***"El hombre que nada"*** (teatro), con José Minuchin
Sábados y domingos
0:30: ***"Los protagonistas"***. Dirección de Julio Lascano
Miércoles
21:00: ***"Ay, poeta!"***, Grupo de Teatro del Mar, dirección de Tanya Barbieri.
Martes
23:00: ***"Jettatore"***, dirección de Jorge Ahamendaburu
23:00: ***"Amantes"***, Carlos Estrada y Erika Walner
De jueves a domingo
"El túnel". Dirección y actuación de Roberto Ibáñez.

Espacio Nave
Martes y miércoles
22:00: ***"La nave entreabierta"***, Danzares
De jueves a domingo
22:00: ***"Ricardo III"***, dirección de Graciela Spinelli
De martes a viernes
0:30: ***"Mujeres de carne podrida"***, de Matías Méndez y José María Muscari
Lunes
22:00: "Finimondo", con Guillo Castiñeyras